

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam meritó accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
utilitatis partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Fio IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—Paris: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 53, rue Talbott.—Manila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

SUSCRICION

PARA

LOS CARLISTAS PRESOS

SUMA ANTERIOR 1824 rs.

Un vascongado.....	100
D. S. M., de Toledo.....	20
D. S. M., de Aranjuez.....	20
D. R. G. B.....	40
D. V. O. V.....	6
D. J. I. A.....	6
D. F. P. R.....	20
D. J. C.....	20
D. J. M. C.....	400
De varios amigos políticos de Jerez.....	800
D. Francisco Domingo de Zubiaga y dos amigos suyos, de Guernica.....	60
D. M. R. L.....	40
D. J. H.....	4
D. J. E.....	4
D. J. M. L.....	20

Tres carlistas de Campdevan.....

SUMA 3092

Signe abierta la suscripción.

EXPOSICION

DEL EXCMO. S. ILMO. SEÑOR OBISPO DE PAMPLONA AL EXCMO. SEÑOR MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Excmo. señor: Agradezco a todo acto de atención y cortesía que se me dispensa, si no por mi pobre persona, que poco vale, por la dignidad de que me hallo revestido, no aceptado con satisfacción verdadera la acción de gracias que a nombre de S. A. el regente se ha servido V. E. dirigirme en impreso circular de 6 del corriente, que anteayer me trajo el correo; no por lo que ahora precisamente pueda haber contribuido a la conservación de la paz en el territorio de mi diócesis, donde gracias a Dios nunca he temido seriamente llegar a perturbarse sino nunca a un Obispo, y que como yo lleva diez y nueve años de no interrumpido ejercicio en su ministerio, a lo más horas pude felicitarle como conservador de la paz, como que es ministro de paz, y ministro del Dios de paz.

Y tanto más agradezco la fineza que V. E. acaba de usar conmigo, cuanto que en el particular del decreto de 5 de Agosto nada tuve que cumplir respecto a sus prescripciones, ya porque los hechos me dispensaban de toda cuestión sobre la inteligencia del derecho, pues ni hubo pastoral nueva que dar ni colesiástico a quien reemplazar, ya porque nunca me pareció que pudiese ser verdad, por más que del contexto así resultara, que el poder temporal quisiese intrusarse en los actos ministeriales de los Obispos, violando la libertad y la independencia de la Iglesia; y así lo he visto felizmente confirmado después por V. E., cuando asegura en el preámbulo del nuevo decreto de 6 del actual que el Gobierno en nada quiso lesionar con el decreto de 5 de Agosto la libertad e independencia de la Iglesia, y que lejos de pretender jurisdicción eclesiástica, se limitaba a animar, exhortar a regar y encargar que la ejerciesen libremente los Prelados. Es tan sana, tan ajustada a los buenos principios, así de la religión como de la justicia, esta noble declaración de V. E., que si en lugar de los términos del decreto de 5 de Agosto hubiesen aparecido los correspondientes al espíritu ahora demostrado, el efecto intentado por V. E. hubiera sido completo, se hubiera evitado el disgusto que se nos causó a todos los Obispos sin distinción, y se marchaba con más desahogo por las vías de armonía entre la Iglesia y el Estado, cuya viva necesidad en su claro talento y buen corazón V. E. tan profundamente conoce y siente.

Este mismo deseo de paz y estrecha conciliación y unión entre la Iglesia y el Estado que dió origen a la V. E. y por el que a mi vez le felicito de todo corazón, me da un derecho, que V. E. se alegrará de reconocerme, a esperar que se apresurará a borrar, sin quedar de ello el menor rastro, esas diferencias entre Obispos que se han expresado con más viveza, y Obispos que han estado más inclinados en sus contestaciones al decreto de 5 de Agosto. V. E. sabe de cierto que los Obispos pensamos y sentimos todos de un mismo modo en todo lo concerniente a la fe, a las costumbres y a la disciplina de la Iglesia; porque no somos nosotros quienes pensamos y sentimos, sino la Iglesia, Jesucristo mismo quien piensa, siente, habla y obra por nuestro ministerio, sopesa de dejar de ser lo que somos.

Por consiguiente, no pudiendo ver V. E. en todos los Obispos más que una misma doctrina y un mismo espíritu, cualesquiera que sean los términos de declaración o reticencia con que nos ha yamos producido en las contestaciones a las disposiciones de V. E., el aprecio y estimación de V. E. para con todos nosotros debe ser el mismo; y puesto que entre los Obispos es imposible la división, y lo es también entre ellos y los que ejercen el poder temporal, conviene no haya tampoco división entre el Gobierno y algunos de los Obispos, porque esto al juicio de los maliciosos podría significar ruptura entre el Gobierno y los Obispos todos, o sea entre la Iglesia y el Estado; y esto ni

V. E. ni nosotros lo podemos desear, porque Dios no lo quiere: El estableció esta unión y los hombres deben guardarla, sacrificando lo para ello si es menester las exigencias de los partidos. Por mi parte, renuncio desde luego, y sin falta al respecto que V. E. me ofrece, a toda distinción y gracia que en este particular quiera hacerse; y no hallando nada ofensivo ni reprehensible en cuanto han dicho en diferentes tonos mis dignos hermanos en el Episcopado, y en especial los Prelados de Santiago, Osma y Urgel, con los otros trece de quienes se consulta, hago mía desde luego la responsabilidad de lo que ellos han dicho, y quiero en un todo correr su suerte.

De V. E. el primer paso para la conciliación, y la conciliación se hará. El segundo paso es que cese esa persecución del Clero, que se sigue a los sacerdotes de esas cárceles donde al confundirlos con los facinorosos se nos confunde, desprestigia y envilece a todos, y juntamente a la religión; déjese a la Iglesia en la libertad e independencia que V. E. proclama, déjese en el expedito ejercicio de su jurisdicción que V. E. reconoce; no quite el César, en una palabra, a Dios lo que es muy suyo, si de veras quiere como todos queremos darle así mismo a él, lo que suyo es.

Haya paz y no persecución para las infelices e inofensivas religiosas, y permítase como permiten los protestantes, y hasta los moros, el establecimiento de las órdenes y toda suerte de institutos religiosos. Baste de persecución. Libertad, señor ministro, libertad, no para el mal, sino para el bien. La conciliación no hay duda que se hará. El progreso se conciliará con la Iglesia, porque el progreso, causado al fin de perturbar la sociedad en todas sus esferas, al ver lo infundado de sus doctrinas, lo funesto de sus instituciones y lo perjudicial de sus actos, volverá, yo así lo espero, porque lo espero en Dios, volverá la Iglesia, de la que huye sin saber adonde, como el hijo prodigo a la casa paterna; volverá con los vestidos de la dignidad humana hechos girones, volverá cubierto del polvo de las ruinas que habrá amontonado en la sociedad, y manchado con la sangre de sus innumerables víctimas. Entonces la Iglesia le tenderá sus brazos maternales, y ejerciendo no una nueva misión, como ahora se dice, sino la misión de siempre, la misión única que le confió el Salvador, la misión única que le confió el Dios de las salvadas, lo lavará de sus manchas con las aguas de la verdadera civilización, que no es la que tiene por templos la Bolsa y el Teatro, y le vestirá la esplendente túnica del Catolicismo, que es el traje celeste de la unidad, del orden y de la armonía, desde el centro de toda unidad, la cúpula vaticana.

Como V. E. conoce, la única civilización digna del hombre es la civilización católica. Con esta civilización no solo marcha en perfecto acuerdo la Iglesia, sino que ella misma la hace y perfecciona. Porque con esta civilización católica, Excmo. señor, y solo con ella, es como se conservan íntegros e inviolables los inmutables e inconfundibles principios de la eterna justicia, y se guarda en su total integridad la robustísima virtud de nuestra religión que dilata la gloria de Dios, suministra oportunos remedios a tantos males como afligen al género humano, y es la única regla por la cual, adornados los hijos de los hombres con toda clase de virtudes, son conducidos al puerto de la bienaventuranza.

Examinemos sino, Excmo. señor, las obras de los que, a su decir, por el bien de la religión, oír V. E. que nos invitan a tender la diestra a lo que llaman civilización moderna, y veamos si son tales que puedan mover a la Iglesia católica para que sin gravísimo detrimento de las conciencias y sin grande escándalo de todos, y sin falta abierta, le entregue a lo que el Vicario de Cristo en la tierra constituido divinamente por El mismo para defender la pureza de su doctrina, apacentar y confirmar a los corderos y a las ovejas en la misma doctrina, expresamente ha pronunciado y definido, podemos asociarnos a la moderna civilización, de cuyas obras tantas males, nunca bastante deplorados resultan, tantas y tan horribles opiniones, errores y principios son proclamados, contrarios de todo punto a la religión católica y a su doctrina.

Para esta civilización no hay fe ni respeto, que la Iglesia a los tratados por firmes y solemnes que se establezcan, y de esto son tristes testimonios los Concordatos con la Santa Sede estipulados, y sin respeto ni miramiento hechos trizas. Y al paso que esta falsa civilización favorece todos los cultos no católicos, al paso que abre la entrada a los cargos públicos a los mismos infieles, y cierra las escuelas católicas a sus hijos, se enseña contra las comunidades religiosas, contra los institutos fundados para dirigir las escuelas católicas, contra un gran número de personas eclesiásticas de todas categorías, siquiera estén revestidas de las más altas dignidades, mientras los decantados derechos individuales se respetan para todos hasta los más grandes criminales, pero siempre con excepción de aquellas personas que mas denodadamente deflaman la causa de la religión y de la justicia. Al paso que esta civilización auxilia a las instituciones y a las personas no católicas, despoja a la Iglesia católica de sus posesiones más legítimas, y emplea todos sus esfuerzos en disminuir la autoridad saludable de la Iglesia. Al paso finalmente que deja entera libertad a todos los discursos y escritos que atacan a la Iglesia, y a todos los que le son adictos de corazón, al paso que excita, nutre y fomenta la licencia, muéstrase reservada y poco solícita en reprimir los ataques, muchas veces vio-

lentos, dirigidos contra los que publican obras excelentes, y castiga con toda severidad a los autores de estas obras, cuando, siquiera sea levemente, parece que traspasan los límites de la moderación.

¿Y podría la Iglesia católica tender una mano amica a ese género de civilización y celebrar con ella una cordial unión y alianza? Llámese a cada cosa por su nombre, y entonces ocupará cada cosa su lugar. La Iglesia católica ha sido constantemente la protectora y la sostenedora de la verdadera civilización: los monumentos de la historia eloquentemente atestiguan y comprueban que en todos los siglos la Iglesia católica ha sido quien ha hecho penetrar en los países más lejanos y más bárbaros del universo, la verdadera humanidad, disciplina y sabiduría. Hay mismo, en medio de la llamada por autonomía civilización moderna, que es la verdadera barbarie antigua, ¿quién sino la Iglesia católica con el tesoro de sus inmutables verdades es faro sereno en el mundo científico? ¿De dónde sino de Roma sale la luz de la sana filosofía contra las espesas tinieblas del panteísmo, del positivismo y del racionalismo? Así, pues, si con el nombre de civilización quiere entenderse un sistema inventado precisamente para debilitar, y quizá también para acabar con la Iglesia de Cristo, jamás podrán conformarse con semejante civilización ni el Papa, ni los Obispos, ni el Clero, ni los simples fieles. ¿Qué participación, como sapientísimamente dice el Apóstol, puede tener la justicia con la iniquidad, o qué unión puede haber entre la luz y las tinieblas? ¿Qué convenio entre Cristo y Belial? La Iglesia, dice V. E., la esfera de la acción espiritual que es propia. Efectivamente, la Iglesia no tiene pretensión ni ha pretendido nunca tronos, ni sillones ministeriales, ni capitanías generales, ni gobiernos de provincia. Pero la Iglesia necesita de toda la libertad, de toda la independencia; y de consiguiente debe contar con todos los recursos que le aseguren la posesión de estos medios para llevar su palabra, esto es, el influjo de su celestial doctrina lo mismo al alcázar del monarca y al palacio del potentado, que al taller del obrero y a la choza del mendigo. La acción espiritual de la Iglesia, que no consiste en mandar ejércitos, ni dirigir escuadras, se extiende, sin embargo, a todo cuanto el espíritu humano es capaz de actuar. Yo no tengo necesidad de decir que la Iglesia es la congregación en la tierra vestida sus espíritus de carne y hueso, y que estos seres así vestidos están en relación con todas las cosas materiales de este mundo.

La Iglesia, o sea el reino de Dios, no procede de este mundo, pero sí que fué divinamente instituida por causa de este mundo, en este mundo y para salvar al mundo. Así, pues, o la Iglesia no será Iglesia, o su acción debe sentirse en todas las cosas. O la sociedad no será cristiana, y entonces vendrá poco a poco a diferenciarse de la humanidad solo en el color de la piel, o tiene que experimentar la acción benéfica y civilizadora de la Iglesia, no con solo mirar por fuera las paredes de sus templos, sino dejándola llevar al alma y al corazón de los pueblos la santa influencia de sus doctrinas. Ni basta que se apodere del individuo en el hogar doméstico, como muy bien dice V. E., para formar su inteligencia y su corazón, si después ha de salirle, o mejor dicho, este individuo se ha de alejar de su seno al llegar a la edad adulta para entrar en la vida pública; así como tampoco bastaría que este mismo individuo se dividiera en público y privado; para ser racionalista o ateo en el primer concepto, y católico en el segundo; como tampoco puede en buena razón erigirse en principio lo que se ha dado en llamar independencia del Estado, ya que el hombre no menos ha nacido obligado a honrar debidamente a Dios como entidad social, que como entidad individual. ¿En qué se fundaría semejante divorcio? ¿en el hecho consumado, en el resultado afortunado, prescindiendo de su justicia o injusticia, o lo que es lo mismo, como ahora llaman con arreglo al error positivista, el hecho histórico? No, no; el que es católico en su casa, no puede como hombre de gobierno consentir en su boga monstruosidad de la tolerancia de los cultos falsos elevada a principio, porque esa tolerancia la ha condenado Dios, y el eco de esa condenación ha llegado hasta nosotros reproducido por los Apóstoles, los Padres, los Sumos Pontífices; quien tal hiciera, no podría como fiel recitar el Credo, ni sabría enseñárselo a sus inocentes hijos, porque tendría que pararse al decir: «Credo en la Santa Iglesia Católica; Unam, Sanctam Catholicam et Apostolicam Ecclesiam». Tampoco puede el hombre de gobierno, a título de católico, imponer a la Iglesia la humillación y el vilipendio de que anda empujando el Estado su libertad de acción; pues sería esta la mayor de las injusticias habiendo la Iglesia recibido esa libertad inimitada, universal, perpétua, bajo las más solemnes formas, de la boca de su Fundador divino.

Por esto la Iglesia, haya revoluciones o no, aclámense estas o las otras formas de gobierno, cambie la sociedad, cual otro desfilado Proteo, cuanto quiera sus ideas y sus sistemas, la Iglesia, excelentísimo señor, nada nuevo tiene que hacer, ningún camino nuevo que seguir, ninguna misión nueva que aceptar. Su misión es la que le impuso el divino Salvador, cuando al instituir la del gobierno de las inteligencias y de las voluntades de los hombres, la comunicó aquel sublime mandado: *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra; Finites ergo docete omnes gentes... docentes eos servare omnia quaecumque mandavi vobis.* Aquí

no hay distinción de público, ni de privado, de doméstico o nacional, de súbdito o soberano. La cruz del Redentor está plantada sobre las coronas de la tierra. De ahí la santidad e integridad de los derechos de la Iglesia; de ahí su libertad absoluta de acción; de ahí que no sea el Estado quien haya de dictar leyes a la Iglesia, sino que esta sea, y no ningún sistema o capricho humano, quien inspire a las leyes de la nación, lo mismo que a sus públicas enseñanzas, el espíritu de verdad, de virtud y de toda justicia, que solo la Iglesia, como depositaria que es de infalible doctrina, puede realmente inspirar.

Esa santa, esa activa y constante obra de influencia, asien los individuos aislados como colectivamente tomados en cuerpo de nación, es para la Iglesia su natural oficio, es un deber a que no le es posible renunciar. En eso consistiría, si V. E. así lo quiere, su terrena gloria, en cuanto lo es haber acá abajo felices a los hombres para llevarlos después al Cielo. Pues con la aureola de esa gloria ha resplandecido la Iglesia todos los siglos a los ojos de las generaciones que en carrera fugaz pasan por la tierra; y a esa gloria, que es la gloria de las calucumbas, como lo es de la edad media, lo es y grande de la edad presente, y lo será de las edades futuras hasta la consumación de los siglos, como realmente lo presente V. E. cuando declara que de la acción de la Iglesia dependa quizás (aunque sin quizás) el porvenir del mundo; a esa gloria, digo, no renuncia la Iglesia de Jesucristo, ni consintiendo al olvido sus grandes recuerdos, ni desistiendo de su actualidad victoriosa, ni perdiendo de vista los que un digno compañero de ministerio de V. E. llamaba con razón meses atrás sus maravillosos destinos.

Dios así lo está haciendo, y la salud de los pueblos así lo exige. No se trata del poder del Clero, sino de la grandeza del pueblo cristiano; de su honor, de su salvación. No importa que las revoluciones sacuden a ese pueblo, trastornen sus leyes, y con llamar soberano le impongan nuevos jefes. La Iglesia en estos sacudimientos podrá ser herida, perseguida, hasta destrozada; vendida o aniquilada, jamás. Lo maravilloso de sus destinos entrará en acción con la fuerza de la Omnipotente diestra que no la desampara, y sus triunfos serán siempre más señalados, sus glorias siempre más puras. En vano se le llama a omnisos pactos con que la Iglesia no puede ni debe transigir: ella responderá a eso con otro; sutra la voz de la conciencia y la razón para la trabajada sociedad mejores días. El Vicario de Jesucristo ha dicho resuelta y solemnemente desde lo alto de su indecible e infalible Cátedra: *Yo no puedo ni debo reconciliarme ni transigir con el progreso, con el liberalismo, ni con la moderna civilización.* Y en efecto: la reconciliación y la transacción es de todo punto imposible, si estas tres cosas son realmente lo que hasta aquí han dado muestras de ser. Si así no fuere, si el desaliento, y más que todo el desengaño hicieran su efecto, y esos tres nombres viniesen a significar cosas distintas de las significadas y exhibidas hasta aquí, dígame claro, y fácilmente nos pondremos de acuerdo. Contra los delirios y utopías y aun sin nuestros propósitos de esos tres principios disolventes, la Iglesia ha opuesto siempre, porque estos errores no son de hoy ni de ayer, y seguirá sin falta oponiendo, la inquebrantable fuerza del catolicismo, que es la unidad, el orden y la armonía. Bien dice V. E. que el mundo necesita de este poderoso elemento. Y tanto como necesita! Porque no hay aquí medio: o vuelve el mundo diez y nueve siglos atrás para perderse entre las divisiones y disensiones del naturalismo, o se abraza a su unidad católica, y marcha conducido por la maternal mano de la Iglesia por las sendas del verdadero progreso, cuya tendencia es nada menos que a la perfección de Dios.

Los elementos de esta unidad católica, son:

La unidad de la fe.

La unidad del matrimonio cristiano.

La unidad de comunión con el concurso de todos.

La unidad en una sola, única e infalible autoridad suprema en la Iglesia de Dios: el Papa.

Una sola de estas unidades que flaquea, la unidad católica se desmorona; y ese elemento moral tan poderoso, que V. E. con laudable afán solicita, huirá de nuestras sociedades; será para ellas una quimera.

Y los medios con que el Estado por su parte ha de contribuir a la integridad de estas unidades elementales, a fin de obtener el precioso todo de la unidad católica, son:

1.ª Que el Estado como Estado se declare francamente católico, y no indiferente o ateo.

2.ª Que se elimine de las leyes el principio de tolerancia de toda inmundicia herética o cismática, y no se consienta el escándalo que resulta de la publicidad de cualquier falso culto.

3.ª La libertad e independencia de la Iglesia, para todos sus institutos, para todas sus enseñanzas, para el desarrollo perfecto de toda su disciplina, de sus costumbres, y de todas sus prácticas.

Bajo estas bases, no tema V. E., la paz y la concordia, como antes he dicho, se harán; sin ellas, es cierto, sufrirá la Iglesia, o por mejor decir, sufrirán los pueblos, como víctima principal, esa serie interminable de conflictos y desgracias comunes que solo la imaginación puede alcanzar, según la no menos feliz expresión de V. E.

Aun es tiempo, Excmo. Sr.: puesto que los Gobiernos nuevos han de tratar con la Iglesia de Dios tal como es, y no cual pueda configurarla el espi-

rito de partido, ceda la política de los hombres en la tirantez de sus relaciones, que al fin mudable es y siempre cambia, y poco le ha de costar acomodarse a lo que por su naturaleza es inmóvil, es inmutable y eterno. La Iglesia no rechaza ningún género de relaciones nuevas: lo que rechaza son los falsos principios; y las malas doctrinas que apartan a los pueblos de la inteligencia de la verdad, de los senderos de la virtud, de los hábitos de la justicia, del amor al trabajo, y de los beneficios de la paz. Si los Gobiernos, bajo el peso de una preocupación cualquiera, se niegan a avanzar con la Iglesia, la Iglesia gemirá y los pueblos padecerán; pero ni ella en sus dolores volverá la espalda a los Gobiernos, ni dejará de consolar a los pueblos. Estos, no hay cuidado: no se separarán de la Iglesia. Testigos de esta verdad son la Inglaterra, la Irlanda y la Polonia; la América y la Australia.

Un pequeño sacrificio de las teorías disolventes, y la paz está hecha y la humanidad salvada.

Reconozco en V. E. un corazón generoso; y puesto que ha sido del agrado de V. E. la pastoral que acababa yo de publicar cuando llegó a mis manos su decreto de 5 de Agosto, no hay duda que tenemos andado más de la mitad del camino, y Dios bendicirá nuestros o nuevos esfuerzos.

El mismo guarde a V. E. muchos años.—Pamplona, 15 de Setiembre de 1869.—Excmo. Sr.—Pedro Cirilo, Obispo de Pamplona.

OBISPO DE BURGOS.

Excmo. señor: Con tanta extrañeza como amargura han visto los Prelados que suscriben el decreto de S. A. el regente del reino de 6 del actual, clasificando las contestaciones dadas por los Obispos al del 5 de Agosto anterior, y adoptando diversas medidas respecto de ellos según la diferente apreciación de su conducta que se establece.

Conformes en principios, identificados en sentimientos y animados del espíritu católico que es espíritu de unidad, los Prelados todos han expresado la misma doctrina acerca de la única cuestión que se ofrecía, o sea acerca de la independencia y libertad de la Iglesia, y la incompetencia del poder secular para legislar sobre el ejercicio del ministerio pastoral; y ante esta uniformidad sustancial que brilla a través de la variedad accidental del estilo, no se alcanza la razón que ha podido haber para que se tratara a unos Prelados como a otros, o que se les considerara como a muchos de nuestros respetables hermanos sujetos a procedimientos judiciales, o consultada la duda de su criminalidad por un supuesto delito que nos es común, y por un acto de que todos nos confesamos responsables y reos.

Ninguno se niega a inculcar la obediencia debida a las autoridades constituidas, ninguno a corregir y poner en su caso en la forma prescrita por los Cánones a los eclesiásticos que faltan a su deber; pero ninguno reconoce en la potestad civil facultad y derecho para regular el ejercicio del ministerio pastoral.

Los que a consecuencia del decreto de 5 de Agosto han publicado pastorales, lo mismo que los que han dejado de publicarlas, han venido a decir una misma cosa. Los primeros lo han hecho protestando contra la incompetencia del poder temporal para prescribir actos de su ministerio, y los segundos no lo han hecho obedeciendo al mismo principio y para no herir la independencia y libertad de la Iglesia, única que arregla y puede arreglar las funciones del cargo Episcopal. Una misma es, pues, la doctrina, idéntico el propósito de salvar la independencia y libertad de la Iglesia.

Ahora bien; si el Gobierno ordenaba lo que es de su competencia, todos, desconociéndola y protestando contra ella, hemos detenido; pero si, como creemos, ha traspasado los límites de las atribuciones que le corresponden, ninguno ha faltado a su deber.

En la circular de la misma fecha en que V. E. manifiesta, a los cuarenta y un Prelados a quienes se dirige, el agrado y complacencia con que S. A. el regente del reino ha visto su conducta en esta ocasión, parece darse como sentado un hecho que tenemos necesidad de rectificar. Tal es nuestra conformidad con el espíritu de lo que se llama civilización moderna. Merece en verdad nuestra simpatía y aplauso todo lo que es verdaderamente civilizador; y la Iglesia, cuyos ministros somos, lo inicia y promueve o lo cobija y bendice. Pero bajo el nombre de civilización moderna, bajo la denominación vaga e indeterminada de espíritu del siglo se encubren muchos errores contrarios a la verdad católica, y con estos elementos jamás puede reconciliarse la Iglesia. En esta parte la regla de nuestra conducta será siempre la sumisión más absoluta a sus decisiones, y el acatamiento más sincero a su autoridad divina y a su misión de discernir entre el bien y el mal moral, entre la verdad y el error.

En descargo, pues, de nuestra conciencia de Obispos y en desahogo de la pena que nos oprime, rogamus a V. E. se sirva tener por hecha esta leal y respetuosa manifestación, y proponer a S. A. el regente del reino se digne dejar sin efecto en todas sus partes el decreto de 6 del corriente mes, como basado en una discordancia que no existe y

en una clasificación de Prelados que no tiene razón de ser.

Dios guarde a V. E. muchos años. Burgos, 13 de Setiembre de 1869.—ANASTASIO, Arzobispo de Burgos.—Juan, Obispo de Palencia.—Sebastian, Obispo de Calahorra y la Calzada.—Diego Mariano, Obispo de Vitoria.

OBISPADO DE LUGO.

Excmo. Sr.: He recibido la comunicación que V. E. me dirige de parte de S. A. el regente del reino, su fecha 6 del corriente. Como la de 5 del anterior entendi no comprendía a esta mi diócesis, así creo que la presente no había coningo, pues nada veo haber hecho porque merezca los elogios y gracias que se me dan.

En mi contestación a la citada de Agosto me limité a decir a V. E. que en este obispado el Clero no había conspirado, ni conspiraba, ni conspiraría, y esta era la verdad; y por consiguiente, no teniendo razón de ser la pastoral que se mandaba dar, no la daba por carecer de objeto, de oportunidad y conveniencia. Aquello era público; esta nadie como yo podía apreciarla.

Más hubiera dicho, discutiendo por el ancho campo que abría la orden del regente y la exposición de su ministro, en defensa de la verdad, de la justicia y de los derechos de la Iglesia: pero preferí dejar a mis venerables hermanos en el Episcopado la gloria de usar ante V. E. S. A. el lenguaje de los Ambrosios de los Osios y de los Apóstoles. Unido, empero, a ellos con una misma fe, con una misma doctrina, es para mí mucha honra hacer míos sus sentimientos y hasta sus palabras; porque como a ellos, me corre la propia obligación de defender la independencia de la Iglesia, y reclamar y protestar contra toda violación, venga de la parte que quiera.

En lo temporal soy el primer obediente a las potestades legítimamente constituidas; mas en lo espiritual, en el cumplimiento de mi ministerio, solo reconozco por superior a aquel en cuya fe se apoya la mía, al Romano Pontífice, que me ha enviado a apacienta esta grey. La autoridad y jurisdicción espiritual está sobre toda potestad temporal; de su ejercicio ningún príncipe, ni rey o emperador, ó ni un *senatus consultus* pueden pedir razón, mucho menos estenderla ni coartarla; no emana de esas fuentes, es toda de Jesucristo, de quien por el órgano de su Vicario en la tierra, la recibimos los Obispos, y en las disposiciones canónicas tenemos marcada la regla de nuestra conducta.

Al leer en los papeles públicos las disposiciones acordadas por S. A. con V. E. sobre el particular, respecto de algunos de mis venerables hermanos, muy especialmente mi metropolitano, el eminensísimo Cardenal Arzobispo de Santiago y los dignísimos Obispos de Urgel y Osema, se me ha ofrecido dirigir a V. E. la queja que Santa Segunda daba al prefecto Junio, viendo que a su santa hermana Rufina la mandaba atormentar cruelmente y a ella la trataba con alguna insolencia: «¿Por qué horas tanto a mi hermana y a mi me deshonras?» ¿Por qué, Excmo. Sr., a esos tres mis amadísimos hermanos se les forma causa, y a mí se me dan las gracias? *Jube ambo simul coadi, qui simul*

ñero añadido a mis hermanos, puesto que tengo años mismos sentimientos con ellos, y defendiendo la propia causa, la independencia de la Iglesia y la pureza de la doctrina católica.

No, no está bien, Excmo. Sr., a los legos disponer en las cosas de la Iglesia: cualquier que sea su categoría, no pasan de ser ovejas que deben seguir la voz y dirección de los que son pastores de las almas. Deje V. E. a los que han sido puestos por el Espíritu Santo Obispos para regir la Iglesia de Dios espedita su acción en cuanto al gobierno de ella concierne, y podrá con más tiempo meditar acertadas providencias que en lo temporal contribuyan a labrar la verdadera felicidad de la España, ya que el Señor ha querido esté en donde tanto puede hacer en pro de ella.

Dios guarde a V. E. muchos años. Lugo 15 de Setiembre de 1869.—Excmo. Sr.—José, Obispo de Lugo.—Excmo. señor ministro de Gracia y Justicia.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

FLORENCIA, 19.—Según noticias de Roma puede afirmarse que las potencias no enviarán representantes al Concilio Ecomónico.

No se ha confirmado la noticia de que la corte pontificia invitará a los Gobiernos protestantes a enviar delegados a dicho Concilio.

VIENA, 19.—Esperase que se arreglarán en breve las diferencias entre la Puerta y el virrey de Egipto, limitando la primera sus exageradas pretensiones.

BERLIN, 19.—Dícese que el conde de Bismark está resuelto a permanecer indefinidamente alejado de la política, a causa del mal estado de su salud.

LONDRES, 19.—Háblase de la existencia de negociaciones encaminadas a la celebración de un tratado de convenio entre España e Inglaterra, beneficioso para ambos países.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 21 DE SETIEMBRE DE 1869.

EL NUDO GORDIANO.

Un año hace ya que estalló la revolución de Setiembre, y apenas se ha dejado pasar un día sin que se haya tratado, como de punto muy principal, de la cuestión de monarquía. Desde el principio se vió que el negocio era más pelagudo de lo que sin duda habían pensado la mayor parte de los héroes de la revolución; tropezó con gravísimos é insuperables obstáculos para adunar todas las voluntades, y se apeló al tiempo como gran resolutor de dificultades. La necesidad de hacer una Constitución y de decidir legalmente cuál había de ser la forma de gobierno que había de establecerse en España, sirvieron magníficamente de pretestos para ir evitando el escollo; pero se votó la Constitución, se declaró que la forma de gobierno había de ser la

monárquica; pasaron entre tanto meses y más meses, y el problema de la elección de monarquía se presentó necesariamente con más urgencia, pero cada vez más embrollado.

Todavía hay quien quiere nuevos aplazamientos, y propone que antes de proceder a la elección de monarquía, a fin de que el que venga a conocer extensamente las obligaciones que la aceptación de la corona le impone, se discutan y voten las leyes orgánicas. Difícil es que se convenga en esa nueva tregua; difícil, por no decir imposible, que en el estado de excitación en que se encuentran los ánimos se resignen los diferentes partidos a pasar unos cuantos meses más en la incertidumbre en que están respecto a su porvenir. Y más que difícil es imposible que la situación presente pueda resistir por algunos meses más, aunque sean pocos, al empuje de los republicanos y a los efectos de la anarquía que nace en la descomposición de las fuerzas de la mayoría. Quiera ó no quiera el Gobierno, en la próxima legislatura es imposible que deje de tratarse formalmente de la elección del jefe del Estado. El Gobierno debe comprenderlo así y querer prevenirse, y por consiguiente entre los individuos del ministerio se ha de hablar oficialmente de ese asunto. Y aquí se tocan ya de cerca los apuros. ¿Cuál ha de ser el elegido? ¿Cuál es el príncipe desventurado que merece llevar sobre sus sienes la corona de espinas que tienen entre las manos los gobernantes y los padres de la patria?

Desde Setiembre del año pasado se han escudriñado los rincones de todas las cortes de Europa; apenas hay ya un príncipe a quien no se haya pasado revista; apenas hay uno que no haya sido presentado siquiera momentáneamente como el más a propósito para reinar en España. Aquí se ha hablado de Montpensier, de D. Fernando de Portugal y de su hijo D. Luis, del príncipe Alfredo de Inglaterra, de Hohenzollern, de Juan de Sajonia, de Aosta, de Carignan, del duque de Génova, del príncipe Napoleón y de otros varios que no es fácil recordar. Todos han tenido encomiadores, todos han tenido partidarios, pero todos han tenido también quien los despreciara y quien los ridiculizara. ¿Será posible que se llegue a un acuerdo entre tan encontrados pareceres? Imposible, de todo punto imposible. Los que han hecho la revolución valiéndose de la traición y del perjurio, sin más fin que su madre personal y la satisfacción de sus ambiciones, siguen guiados por la misma idea en la cuestión de monarquía. Cada partido, cada fracción, cada hombre, desean tener un rey de su devoción; no porque el que elige le parezca más ó menos a propósito para hacer la felicidad del país; ni aun siquiera para asegurar mayor ó menor grado de liberalismo, sino porque con él espera hacer mejor su negocio, lograr más fácilmente su engrandecimiento.

Imposible, lo repetimos, imposible que los diferentes elementos de la coalición monárquica democrática se pongan de acuerdo para elegir pacíficamente un monarca, cualquiera que sea. Si llegase a ponerse el asunto a votación, los unionistas votarían siempre en contra del candidato que presentasen los progresistas, y vice versa los progresistas votarían siempre en contra del candidato que presentasen los unionistas. Y en tanto, los republicanos dispondrían siempre de sus votos de manera que hicieran imposible la elección definitiva. Esto, para nosotros es clarísimo, es evidente, y lo será sin duda alguna para cualquiera que se haga cargo de la situación por que atravesamos.

Vista, pues, la imposibilidad de soltar ese nudo gordiano que constituye la elección de monarquía, será preciso cortarlo. ¿Pero dónde está el Alejandro que tenga una espada bastante afilada para acometer tamaña empresa? ¿Quién será el que se atreva a llevar el gato al agua? ¿Quién tiene aquí fuerza bastante para dar un golpe de Estado, a fin de sentar en el trono de San Fernando a un monarca revolucionario? Si es progresista el que a tanto se atreva, tendrá en contra de sí a los unionistas, a los moderados, a los republicanos y a los carlistas; si es unionista, tendrá en contra a los progresistas y a los demás citados. ¿Puede triunfar con tales elementos la causa revolucionaria? ¿Puede resultar de la revolución algo que sea estable?

De ningún modo; y por eso, aun prescindiendo de la fe que debemos tener en los principios que profesamos, con solo considerar la impotencia de la revolución en nuestra patria debería bastarnos para estar seguros del triunfo más ó menos próximo de la causa católica y tradicional.

Los acontecimientos nos lo han de dar casi todo hecho; por nuestra parte solo se necesita un pequeño esfuerzo y gran prudencia. Nada de precipitaciones, que es en vano que nos empeñemos en apresurar por nosotros mismos la justicia de Dios, ni en torcer sus designios. Aunque para muy distintos fines y sin proponernos imitarle en todo, sino más bien para tenerlo presente como enseñanza, observemos el ejemplo que están dando los republicanos. ¿Cómo procuran propagar sus ideas? ¿Cómo se reúnen, se organizan, y al decir de todos, se arman y se preparan para lanzarse a la lucha en el momento en que lo crean más oportuno? Librense Dios de aconsejar a nadie que imite en todo a los republicanos: nosotros no podemos salirnos nunca de lo que es lícito y legítimo según las reglas de la mas severa moral. Pero dentro de las vías legítimas, sin gravar en nada la conciencia, ¿cuánto no podemos hacer con el fin de estar más puestos para cualquiera eventualidad? Para esto no se necesita gritar ni alborotar, exponiéndose tontamente a persecuciones siempre desgraciadas,

por mas que sean injustificadas. Sin dejar de levantar la voz cuando sea menester, convenciéndonos de que nuestras armas no han de ser la vociferación y la bullanga. Para matar el liberalismo se necesitan armas de tiro mas certero. Dejemos a los republicanos que griten y alboroten y que abandonando el terreno de la pacífica legalidad, se lancen a la lucha fiando el triunfo de su causa a la fuerza bruta, nosotros con resignación y con paciencia trabajemos para contrarrestar la propaganda de las malas ideas y fijos el triunfo de nuestros principios a la fuerza de los mismos y a la insolubilidad del nudo gordiano que se ha formado la misma revolución.

LOS PADRES DEL PRÓXIMO CONCILIO.

Bajo este epígrafe dice la *Correspondencia de Roma*:

«Sería difícil precisar con anticipación el número exacto de los Padres que asistirán al Concilio. De aquí a tres meses, los periódicos hostiles a la Iglesia y las agencias telegráficas se entretendrán más de una vez en decir que son muchos los Obispos que no vendrán a Roma. Dejarlos hablar es lo mejor; la santa gerarquía católica les responderá. «Mientras tanto, debemos comenzar la publicación de los nombres de los Padres del Concilio. En primer lugar, contaremos los Cardenales que están actualmente en Roma; después los Patriarcas, Arzobispos y Obispos que forman parte de la corte pontificia, y por último, los que han llegado hasta el día de hoy. Hé aquí esta nomenclatura que contiene 63 Padres, actualmente presentes en la ciudad santa:

CARDENALES DEL ORDEN DE OBISPOS.

1. Emnos. Sres. Mario Mateo, Obispo de Ostia y Velletri, decano del Sacro Colegio.
2. Constantino Patrizi, Obispo de Porto y Santa Rufina, subdecano del Sacro Colegio y vicario general de Su Santidad.
3. Luis Amat de S. Filippo y Sorsio, Obispo de Pastrina, vicario general de la Santa Iglesia.
4. Nicolás Clarelli-Paraciani, Obispo de Frascati, secretario de Breves y gran caniller de las Ordenes de caballería.
5. Camilo di Pietro, Obispo de Albano, prefecto del Cens.
6. Carlos Augusto de Reischach, Obispo de Sabina, prefecto de la Congregación de estudios.

CARDENALES DEL ORDEN DE PRESBITEROS.

7. Emnos. Sres. Fabio Maria Asquini, prefecto de la santa congregación de la Inmunidad eclesiástica.
8. Alejandro Barnabo, prefecto general de la santa congregación de los asuntos del rito oriental.
9. José Milesi-Piroi, Ferretti, legado de Bolonia, presidente de la comisión de subsidios.
10. Pedro de Silvestri.
11. Carlos Sacconi, prefecto del tribunal supremo de la signatura de justicia.
12. Angel Quaglia, prefecto de la sagrada congregación de los Obispos y Regulares.
13. Antonio Maria Panabene, gran penitenciario.
14. Antonio de Luca, prefecto de la sagrada congregación del Índice.
15. José Bizzarri, prefecto de la sagrada congregación de Indulgencias y Reliquias.
16. Juan Bautista Pitta, bibliotecario de la Santa Iglesia.
17. Felipe María Guidi, Arzobispo de Bolonia.
18. Gustavo Adolfo de Hohenlohe.
19. Luis Bilio.
20. Luciano Bonaparte.
21. Innocencio Ferrieri.
22. Lorenzo Barili.
23. José Berardi, pro-ministro de Comercio, Bellas Artes é Industria, Agricultura y Obras públicas.
24. Rafael Monaco La Valletta.

CARDENALES DEL ORDEN DE DIÁCONOS.

25. Emnos. Sres. Jacobo Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, presidente del Consejo de ministros, prefecto de los Palacios Apostólicos y de la sagrada congregación de Loreto, presidente de la congregación especial para la reconstrucción de San Pablo.
26. Próspero Caterini, prefecto de la sagrada congregación del Concilio y de la congregación especial para la revisión de los Concilios provinciales.
27. Teodolfo Mertel, presidente del Consejo de Estado.
28. Francisco Pentini.
29. Domingo Consolini, prefecto del economato de la sagrada Propaganda.
30. Eduardo Burromeo.
31. Anibal Capalti.

PATRIARCAS, ARZOBISPOS Y OBISPOS.

32. Reverendísimos Sres. Roger-Luis, Emidio Antiof-Matei, Patriarca de Constantinopla, del rito latino.
33. José Valerga, Patriarca de Jerusalén, del rito latino.
34. Alejandro Asinari de Sanmarzano, Arzobispo de Efezo (Asia menor) *in partibus infidelium*.
35. José Cardoni, Arzobispo de Edesa (Mesopotamia), *in partibus*.
36. Alejandro Franchi, Arzobispo de Tesalónica (Macedonia), *in partibus*.
37. Pedro Giannelli, Arzobispo de Sardes (Lidia), *in partibus*.
38. Javier de Merode, Arzobispo de Melitene (Armenia), *in partibus*, limosnero secreto de Su Santidad.
39. Salvador Nobili-Vitelleschi, Arzobispo Obispo de Osimo y Cingoli.
40. Antonio Vaccari, Arzobispo de Colosses (Frigia), *in partibus*.
41. Vicente Tazzini, Arzobispo de Nisibe (Mesopotamia), *in partibus*; Capellan mayor del ejército pontificio.
42. Pedro de Villanova Castellacci, Arzobispo de Petra (Arabia), *in partibus*.
43. José Angeini, Arzobispo de Corinto (Acaya), *in partibus*, vicario general del Vicariato de Roma.
44. Pelayo Antonio de Lavastida y Dávalos, Arzobispo de Méjico;

45. Luis Pacheco Passavalli, de los Menores Capuchinos, Arzobispo de Icone (Licaonia), *in partibus*.
46. Jacobo María José Bailles, antiguo Obispo de Luzon.
47. Francisco Marinelli, Obispo de Porfiro (Fenicia), *in partibus*, Sacerdote de Su Santidad.
48. José María Papardo del Parco, Obispo de Sioupe (Asia Menor), *in partibus*.
49. José Novella, de los Menores Reformados, Obispo de Patara (Capadocia), *in partibus*.
50. José Fessler, Obispo de S. Hipólito (Austria Inferior), secretario general del Concilio.
51. Luis Basi, Obispo de Canope (Egipto) *in partibus*.
52. Guillermo Sillani, antiguo Obispo de Terracina, Sezza y Piperno.
53. Juan Hilario Boset, Obispo de Mérida, en la república de Venezuela.
54. Arsenio Avak-Wartam Angiarakian, de los monjes armenios Antoninos, Arzobispo de Tarsos, rito armenio (Cilicia) *in partibus*.
55. Ignacio Bourget, Obispo de Montreal en el Canadá.
56. Pablo Tosi, de los Menores Capuchinos, Obispo de Rodópolis (Lisia) *in partibus*, Vicario apostólico del Pe-king oriental.
57. Eduardo Dubar, de la compañía de Jesús, Obispo de Canata (Siria) *in partibus*, Vicario apostólico del Pe-king oriental.
58. Eduardo Harmuz, de la compañía de los Armenios Mechitaristas de Venecia, Arzobispo de Siraco (Armenia) *in partibus*.
59. Esteban Stefanopoli, Arzobispo de Filipos (Macedonia) *in partibus*, Obispo griego que confiere órdenes en Roma.
60. Felipe Galli, de la congregación de las Misiones, Arzobispo de Patras (Acaya) *in partibus*.
61. Flavio Pedro Matab, Obispo de Gezira, del rito sirio, en la Mesopotamia.
62. Leon Mourin, Obispo de Ascalon (Palestina) *in partibus*, Vicario apostólico de Bombay en las Indias Orientales.

En el lugar correspondiente de nuestro periódico puede verse la lista de los nuevos cesantes de alto copete que tienen derecho a cobrar pingües sueldos de la nación, por no hacer nada.

Entre los cesantes figuran dos ex ministros revolucionarios, que por ejercer malamente este alto cargo durante pocos meses, recibirán cada año la friolera de 30,000 rs. sonantes y cantantes. Además de estos señores hay otro que también recibirá los 30,000 como ex ministro plenipotenciario, y varios de veinte, diez y siete y quince mil reales, todos los cuales sueldos, unidos a los innumerables que pesan sobre el Tesoro por el traqueteo continuo de ministerios y empleados que ha habido en España durante el funesto régimen constitucional que sigue chupándonos la sangre, forman una cantidad fabulosa cuyo pago es de cuenta de los infelices contribuyentes.

El *Pueblo*, diario republicano, dice sobre este asunto lo siguiente:

«Con el mayor dolor presa» os hoy la vista sobre la primera plana de la *Gaceta*; a ti vemos la mano desfiguradora del despotismo constitucional, vertiendo a manos llenas el oro que con tanto trabajo reúnen los infelices contribuyentes de la esquilada España. Nadie hubiera creído que después de una revolución con pretensiones de justa y reparadora se había de ver esa profusión de sueldos pasivos repartidos a diestro y siniestro lo mismo sobre méritos que sobre deméritos.

Pero se convence uno de que esto sucede después de la revolución, al ver que la junta de clases pasivas ha obrado con arreglo al decreto del Gobierno provisional de 23 de Octubre último, y que entre los agraciados se hallan los Sres. Lorenzana y Romero Ortiz, ministros cesantes, con la consoladora breva de 30,000 rs. ¡Qué asco de revolución!

¡Qué asco de liberalismo! repetimos nosotros. Se necesita ser muy cándido ó muy iluso para decir que *nadie hubiera creído que después de una revolución con pretensiones de justa y reparadora se había de ver esa profusión de sueldos pasivos*. Nosotros lo creíamos desde el primer momento, y desde el primer momento lo anunciamos, como anunciamos hoy que la república con todo su puritanismo hará poco más ó menos igual que los otros partidos liberales.

El mal no está en las personas sino en la esencia de las cosas. Mientras el liberalismo impera en España, aun suponiendo que los gobernantes fuesen modelos de honradez y de abnegación, el despilfarro y el latrocinio imperarán también con imperio absoluto.

Hora es ya de que los contribuyentes abran los ojos y vean la sima a donde nos conduce el inamoral liberalismo. Vamos sospechando que los contribuyentes son estúpidos ó cobardes. Mientras pierden el tiempo en reuniones políticas de partido; mientras en el rincón de su casa se quejan amargamente del aumento de gabelas, ¡por qué no se conciertan para tener reuniones formales, meetings de donde partan verdaderos rayos de oposición contra el Gobierno? ¿Por qué no se aprovechan de las armas legales que la Constitución les concede? Levanten la bandera de la moralidad y de las economías, que a ellos les interesa más que a nadie: niéguese a pagar cuando los impuestos se dediquen a matar el hambre de los explotadores políticos, a sufragar los gastos de gobernantes inmorales, a pagar traiciones ó a recompensar perjuros.

Den, en fin, una prueba de su vitalidad, y no arrastren la miserable vida de los esclavos ó de los idiotas!

Algunos periódicos han dado estos días la noticia de haberse arreglado satisfactoriamente la llamada cuestión del juramento de los Obispos. Suponemos que con esto querrán decir que se ha acordado la fórmula con que los Prelados han de jurar la Constitución.

Nuestros reproducimos la noticia sin afirmar ni negarla. No es bastante autorizado el con-

ducto de los diarios aludidos para conocer las resoluciones de la Santa Sede.

Como anunciamos días pasados, publicamos a continuación las impertinentes preguntas que acerca del Concilio y de la doctrina de la Iglesia en varios puntos ha hecho el príncipe Hohenzollern a la facultad de teología de Munich, con la notable contestación que a las mismas ha dado monseñor Nardi, en una carta dirigida al *Osservatore romano*.

Los teólogos de Munich contestaron evasivamente, sin marcar con precisión la verdadera doctrina, proponiéndose sin duda, no hacer traición a sus creencias ni disgustar demasiado al presidente del Consejo de ministros, que tan temeroso se muestra del Concilio y sus eventuales resoluciones. La respuesta de monseñor Nardi, es por el contrario breve y categórica, como conviene al pretencioso príncipe bávaro.

Las preguntas son las siguientes:

»Primum.—Si las proposiciones del *Syllabus* y la infalibilidad del Papa fuesen elevadas a la categoría de verdades de fe en el próximo Concilio, ¿cuáles serían los cambios que resultarían en la doctrina de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, tal como ha sido recibida hasta hoy en la práctica y en teoría?

»Secundum.—¿Estarian obligados los profesores de Derecho canónico a enseñar como obligatoria y de fe la doctrina de la supremacía divina del Papa sobre los monarcas?

»Tertium.—¿Deberían dichos profesores enseñar como obligatoria para todos los fieles la doctrina de que las inmunidades reales y personales del Clero son de derecho divino, y por consiguiente materia de fe?

»Quartum.—¿Existían criterios para conocer si las declaraciones emanadas del Papa *ex cathedra* tienen fuerza dogmática, y por consiguiente si obligan en conciencia a los fieles? Si existen, ¿cuáles son esos criterios?

»Quintum.—¿Qué influencia ejercerían en la enseñanza popular las decisiones del Concilio sobre cada uno de los puntos indicados?

»Hé aquí, Alteza serenísima, dice Mons. Nardi, la contestación, no de las facultades de teología, sino de un sacerdote romano que ha estudiado algo esas materias:

»Ad primum.—La infalibilidad del Papa decidiendo en materia de fe *ex cathedra*, es decir, como maestro universal de la Iglesia, está ya admitida por todos los verdaderos católicos, y por consiguiente un decreto del Concilio sobre ese punto no hará más que confirmar una cosa universalmente sabida y creída. De suerte que no causará sorpresa ni estupor, sino placer.

»En cuanto a declarar dogmas todas las proposiciones del *Syllabus*, de las que gran parte pertenecen a la moral, nadie, que yo sepa, ha pensado en tal cosa. Son verdades que lo eran antes de que el Papa las enunciase, que después han adquirido mayor firmeza, mayor claridad y mayor evidencia, y seguirán siendo verdades.

»Ad secundum.—Nadie ha dicho ni dirá jamás que los monarcas sean súbditos del Papa en materia civil, aunque no sería malo que lo fuesen para aprender un poco a gobernar cristianamente sus pueblos.

»Ad tertium.—Las inmunidades reales y personales del Clero se fundan en parte en el Evangelio y en el derecho natural, y todo el poder de V. A. será ineficaz para introducir en eso cambio alguno. Otras nacen de las leyes de la Iglesia, y respecto de ellas hará la Iglesia lo que crea oportuno. Otras nacen de la voluntad de los príncipes, en reconocimiento de los beneficios que los ha otorgado la Iglesia; y si hay principios que deroguen estas inmunidades tanto peor para ellos.

»Ad quartum.—Los criterios que desea V. A. se encuentran en todos los libros de Derecho canónico aprobados. Compre V. A. las obras de Balduino, Devoti, Cabasuzio ó Zallinger, y allí encontrará los criterios. Lo que hace falta es estudiar, y nada más.

»Ad quintum.—La enseñanza de la doctrina cristiana no le toca a V. A. Sarmá. Deje vuestra alteza eso a cargo del Papa de los Obispos y de los Sacerdotes.

»Perdone V. A. serenísimo príncipe, pero la teología y el Derecho canónico no son de su incumbencia. Ya que V. A. es ministro de ese excelente reino de Baviera, déjenos a nosotros esas antiguallas, y oídese V. A. de que no se traque a su país otro que tiene mucho apetito. Tenga V. A. mucho cuidado, que ya está el hambriento del otro lado del Mein, y del Mein alisar no hay mucha distancia.

El secretario del gobernador de Tarragona, Sr. Reyes, ha sido arrastrado y asesinado por una turba popular, mientras peroraba el general Pierrad en pro de los excelentes principios de la república.

Los periódicos ministeriales, singularmente *El Imparcial*, se valen de este hecho para anatematizar y denostar al partido republicano, como se valieron de la catástrofe de Burgos para calumniar villanamente al Clero y al partido católico. No cometeremos nosotros la injusticia de hacer responsable a una fracción política de los excesos brutales de algunos individuos. Claro es que la predicación de las doctrinas subversivas excita los ánimos y produce sangrientos resultados; pero no es menos cierto que en la ocasión presente no son las predicaciones republicanas menos demagógicas y anti-sociales que los principios consignados en la Constitución y proclamados diariamente por nuestros gobernantes. De todo acto anárquico que hoy se cometa en España, nadie es responsable más que el Gobierno. Aquí la anarquía, el desorden, la inmoralidad y la injusticia están arriba, y de arriba viene el impulso voluntario ó involuntario, para que se reproduzcan abajo.

Aquí estamos sin autoridad, porque estamos sin principios de orden: aquí vivimos en el desenfreno, porque la revolución ha roto todos los lazos morales, comenzando por los religiosos; aquí no puede haber respeto a nada, porque el Gobierno ha comenzado por escarnecer todo lo que es más respetable en el cielo y en la tierra. España es un infierno; pero no por culpa de este ó el otro partido, sino por culpa del espíritu revolucionario que todo lo domina. Es preciso aniquilarse espiritualmente: es preciso declarar guerra a muerte al mal que por todas partes impera: es preciso extirpar el virus que corroe nuestras entrañas.

Cada día que trascurra es un nuevo paso que damos hacia el abismo que los generales sublevados en Cádiz han abierto a nuestros pies.

¡Ah, señores generales! ¿Podeis dormir tranquilos? ¿No teméis la justicia de Dios, la terrible justicia de Dios, que no deja impunes los grandes ni los pequeños crímenes?

Nosotros no pedimos que se acerque esa terrible justicia: solo pedimos que nos libre de vosotros, y os dé gracia para que os arrepintais.

El Imparcial da cuenta de un fraude de 9,000 duros que estuvo a punto de sufrir la aduana de Cuba solo en el cargamento de un buque procedente de Nueva-York, cuyo consignatario declaró en un manifiesto una quinta parte de las mercancías que en realidad había a bordo.

El mismo periódico reproduce una noticia que dan los diarios catalanes, segun la cual, dicese en Barcelona que en aquella aduana se ha descubierto un fraude cometido con ochenta toneladas de cacao.

Y añade **El Imparcial**: «De lo que resulta que, respecto a la inmoralidad, en este como en algunos otros ramos de la administración por hechos que tambien se han denunciado, hemos ganado poco despues de la revolución.»

Recojamos la confesion que se ha escapado a un diario defensor de la *España con honra*. Es verdad, poco hemos ganado en moralidad despues de la revolución, y no hemos ganado más en otras cosas.

Pero **El Imparcial**, empeñado siempre en defender la *gloriosa*, dice como observacion importante, que antes de la revolución los fraudes y las estafas se cometian en silencio e impunemente porque raras veces podria la prensa alzar su voz para descubrirlos; y que despues de la revolución se cometen tambien, pero se denuncian, se descubren y se castigarán.

Para cada fraude que denuncie la prensa, lo mismo ahora que antes, ¿cuántos no se cometerán? Que se castigarán... Allí veremos. Acontece muchas veces que no se puede castigar porque el delincuente es privilegiado.

No es la falta de las denuncias de la prensa lo que favorece la inmoralidad, sino la falta de castigo; y esta depende de circunstancias que todo el mundo conoce y que nadie espera que remedie la *gloriosa* de Setiembre.

La Nación, haciéndose cargo de nuestro artículo de ayer, no sostiene ya con la generalidad que el otro día, que las monjas no cumplen el Concordato; pero repite que a los conventos que no cumplen, debe el ministro suprimirlos. Nosotros repetimos la pregunta que hacíamos ayer: ¿Quién le ha dado al señor ministro esa derecho? ¿En qué artículo del Concordato o de otra ley se funda? ¿De cuándo acá es la autoridad temporal la competente para vigilar el cumplimiento de los estatutos religiosos? Haga S. E. que cumplan sus subordinados el Concordato y cúmplalo S. E. mismo, si lo tiene por ley vigente; y en cuanto a los institutos de religiosas, reclame de quien reclamar debe, y siendo la reclamación justa, será atendida.

Por lo demás, nunca la supresion inmediata fué medio para corregir las faltas de alguna corporación. Siguiendo ese camino, ¿cuántas cosas habria que suprimir!

Perdonamos a **La Nación** todos los epítetos que nos dedica en letra bastardilla.

Los periódicos liberales, siguiendo a la *agencia Havas*, deducen de algunos párrafos de la pastoral colectiva que han dado los Obispos alemanes reunidos en Fúria, que estos son contrarios al Concilio y que no piensan como los demás Prelados católicos.

No nos entretendremos en refutar tales sandeces. Ya hemos hablado de la reunion de Fúria y de la pastoral de los Obispos, la cual dice precisamente lo contrario de lo que quieren entender los liberales.

Poremos en presencia de la pastoral de los Prelados, al ver la interpretación liberal de algunos de sus párrafos, se nos viene a la memoria el cuento del ciego, que enseñando a un quinto a hacer el ejercicio; le decía: «media vuelta a la derecha, es lo mismo que media vuelta a la izquierda, solo que es todo lo contrario.»

A los que hablan de divisiones en el Episcopado de los decimos sencillamente: soñaba el ciego que veía.

Son importantes las palabras pronunciadas en Zaragoza por el tribuno Castelar, y más aun las que el pueblo le contestó.

Hé aquí unas y otras tomadas de **La Discusión**:

«Ciudadanos, dijo: aquí en esta tierra donde descansan las cenizas de tantos héroes, y bajo este cielo, que ha servido de maná a las almas de tantos mártires de la libertad, que volaban al seno del Eterno, quiero que me hagis un juramento: (profunda atención) si, ciudadanos; jurado que bajo ninguna pretexto os consintais un rey extranjero.»

El juramento tuvo lugar; el pueblo en masa juró, como un solo hombre, más aun de lo que dijo Castelar: EL PUEBLO DE ZARAGOZA HA JURADO IMPEDIR LA VENIDA DE UN REY.....

La despedida de Castelar fué elocuente como siempre al terminar con las siguientes frases: «Hasta el día de cumplir vuestro juramento, ciudadanos.»

Señores ¡ministeriales! el orden está asegurado, ¿no es verdad? ¿Pues cuánto apostamos a que con este orden y todo no se atreve a venir ningún rey a España, si no se abre camino con la punta de la espada?

El amor a la revolución de Setiembre, sin duda, ha hecho escribir a **La Correspondencia** las siguientes líneas:

«El día 18 se celebró en Cádiz con grande entu-

siasmo el alzamiento nacional. Música y gentes del pueblo con banderas recorrieron la población dando vivas a la libertad; por la noche hubo iluminación y fuegos artificiales en el muelle.»

Hemos dicho que solo su amor a la *gloriosa* puede haber inducido al diario noticioso a publicar esta noticia, porque no podrá aspirar a saber en Madrid lo que pasó en Cádiz el día 18 con más certeza que los diarios gaditanos. Véase las reflexiones que dicho aniversario sugiere a **El Comercio** de aquella ciudad:

«El aniversario de la gloriosa ha pasado en Cádiz con la más completa indiferencia, y eso que Cádiz fué la cuna y que todos sus hijos debieran estar orgullosos de que aquí hubiese nacido la honra de España.»

«Nos sabrá decir el *Diario de Cádiz*, que tanto pondera ayer las glorias de la revolución, cómo se explica la frialdad de los gaditanos en este primer aniversario del día memorable, de donde arranca el engrandecimiento y la ventura de la patria?»

«Nos sabrá decir por qué los mismos revolucionarios se han avergonzado de poner una pobre colgadura y unos pobres faroles para engalanar e iluminar sus casas?»

«¿Qué revolución, y qué honra, y qué glorias las que nos han dado! Hay que juzgar de ella por su admirable popularidad.»

Ya ve **La Correspondencia** a qué términos queda reducido el grande entusiasmo con que se celebró en Cádiz el aniversario del grito de rebelion lanzado en aquella bahía, que en último resultado solo fué una revolución más e un motin afortunado.

Tomamos de **La Correspondencia** las siguientes noticias:

«Pasado mañana mártes tendrá lugar un Consejo de ministros presidido por S. A., en el cual, segun nuestras noticias, se tratará de asuntos de la más alta importancia.»

«El señor ministro de Hacienda someterá al Consejo la aprobación de los presupuestos, apenas llegue a Madrid el general Prim.»

«Dicese que el general Prim ha adquirido en París pruebas terminantes de que el movimiento republicano de España está íntimamente enlazado con los que se preparan en Francia e Italia.»

«El capitán general de Cuba, en su telegrama ayer recibido, da algunos pormenores acerca de la distribución de fuerzas de las diferentes armas que se le van a enviar.»

«Mañana mismo celebrará el Sr. Rivero una entrevista con el general Prim para tratar de asuntos importantes.»

«Entre las economías que se han introducido en el presupuesto de gastos para el año próximo por el ministerio de Fomento figura, segun dicen, la supresion total de los inspectores de ferro-carriles.»

«Esta noche ha salido para el Escorial el señor ministro de Gracia y Justicia y el gobernador civil, con el fin de recibir en dicha estación al presidente del Consejo de ministros y acompañarle hasta Madrid.»

«Hace tres días se ha puesto a disposición del comandante general del departamento de Cádiz 600,000 cartuchos metálicos con destino a Cuba.»

«Esta tarde, como habíamos anunciado, se ha reunido la comisión constituida en la presidencia de las Cortes. Nos consta que han asistido los Sres. Rivero, Rios, Ulla, Vega Aramió, Mata, Martos y Moret. El Sr. Posada Herrera ha avisado desde Mirago que se halla enfermo y no puede venir hasta que se mejore.»

«Las partidas carlistas que se habían presentado en Villafraña e Igualada, a causa de la activa persecución de que eran objeto, han pasado la frontera e internándose en Francia.»

Leamos en un periódico:

«El nombramiento de intendente y gobernador de Filipinas no se hará hasta que el señor ministro de Ultramar lleve a cabo la reforma que para aquellas posesiones proyecta en sentido eminentemente descentralizador, al mismo tiempo que confesiona su presupuesto, en que hará considerables economías.»

Dicese que dentro de breves días publicará la *Gaceta* un decreto expedido por el ministerio de Fomento, creando comisiones para que estudien y propongan las reformas convenientes al código de comercio y ley de enjuiciamiento mercantil.

En presencia de la actitud que respecto de la i. a de Cuba ha tomado la prensa, y sobre todo de los refuerzos que se envían para sofocar la insurrección, dice un periódico, que hoy tal vez quedará retirada la nota presentada por el representante de los Estados Unidos de que tienen conocimiento nuestros lectores, en que se amenazaba a España con reconocer como beligerantes a los insurrectos de Cuba.

Cartas recibidas de la Habana nos dicen que los propietarios de la parte occidental han anticipado al Gobierno para los gastos de la guerra y transporte de tropas catorce millones de duros.

La misma carta manifiesta que el plan que los insurrectos se proponen seguir es distribuirse en pequeñas partidas por la parte occidental con objeto de impedir el que se verifique la Zafra, e incendiar los ingenios que encuentren a su paso.

Parece que en breve se expedirán las órdenes para la creación de una casa de moneda en la Habana, idea en que están conformes el señor ministro de Ultramar y el capitán general de Cuba, que de ello se ocupa en su telegrama de ayer.

Dice un diario noticioso:

«Cartas que nos llegan hoy de varios puntos de España confirman de un modo indudable que en las principales ciudades de España y aun en otros centros menos importantes, el partido republicano se organiza, se prepara y se arma para resistir la solución monárquica que parecen dispuestas a dar las Cortes Constituyentes.»

Segun las cartas a que nos referimos, los comités republicanos están haciendo alistamientos casa por casa para saber los nombres con quienes pueden contar, y aconsejar a estos que se procuren armas de cualquier clase para el día de la lucha.

Tambien están contestando las ciudades cartas en que la ayal para aquella se dará dentro de las Cortes, sosteniendo que las mismas no han recibido el mandato de elegir soberano, y que el voto contrario de la mayoría será el principio de la resistencia armada del partido republicano.

Estas noticias, que reproducimos como todas las que, sin fender a determinadas personas, interesan al público, espieitan tal vez los artículos que han publicado estos días periódicos tan avanzados como *La Iberia* y *El Universal*, acusando termi-

nantemente a los republicanos de querer separarse de las vías legales.»

En estos términos, poco mas o menos se expresaban los diarios ministeriales del Gabinete presidido por Gonzalez Bravo antes de la revolución de Setiembre. Entonces como hoy, en presencia de semejantes quejas y advertencias, los hombres sensatos de todas las opiniones solo tenían una palabra: ¡esto se va!

A principios del próximo mes de Octubre saldrá para la Habana la fragata *Navas de Tolosa*, a cuyo bordo irá, entre otros oficiales de marina destituidos a aquella isla, D. Manuel Baldasano y Topete.

El vapor-correo que salió de Cádiz el 30 de Agosto último, llegó el sábado a la Habana sin la menor novedad.

La *Gaceta* publica las declaraciones de derechos pasivos de varios empleados de la magistratura, sin duda para que su importe forme contrapeso con las fabulosas e inmensas que incesantemente anuncian como próximas a realizarse, los diarios ministeriales. Este es otro dato instructivo para juzgar a los hombres de la revolución, y no debemos omitirlo. Hé aquí las principales declaraciones:

«D. Ramon de Sendra Lacuesta, juez de primera instancia, 900 escudos; D. Joaquín Diaz de Utrera, presidente de sala, 1,700; D. Esteban Sandoval Sarabia, juez de primera instancia, 900; D. José Antonio de Cires, juez de término, 1,100; D. Antonio de Nuevos, magistrado, 1,500; D. Luis Lopez de la Torre Ayllon, ministro plenipotenciario, 3,000; D. Fernando Gomez Arceche, jefe de sección de Gracia y Justicia, 2,000; D. Juan Alvarez Lorenzana, ex ministro, 3,000; D. Vicente Bernal, presidente de Audiencia, 4,700; D. Cefarino Enrique de Boneta, magistrado, 1,500; D. Fernando Rosado, oficial de Fomento, 4,000; D. José de Castro, juez de ascenso, 900; D. Antonio Romero Ortiz, ex ministro, 3,000.»

Publicamos con el mayor gusto el siguiente comunicado que de Consuegra nos remiten acerca de los sucesos allí ocurridos con motivo del enterramiento del Sr. Roco:

«Señor director de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

«Colegio de misioneros de Consuegra, 19 de Setiembre de 1869.—Muy señor mío: Con esta fecha remito a **El Imparcial** la siguiente comunicación, que agradeceré a Vd. se digna darla a conocer al público por medio del periódico que con tanta ilustración y acierto dirige.—Su afectísimo S. S. Q. B. S. M., J. Vicente Suarez.

Señor director de **El Imparcial**.

«Colegio de misioneros de Consuegra, 19 de Setiembre de 1869.—Muy señor mío: Ya que Vd. no ha tenido a bien publicar en su periódico el comunicado que con fecha 15 del corriente tuve el honor de remitirle, a causa de su mucha extensión, suplico a Vd. se digna insertar en su diario las siguientes líneas, en las que con la concisión posible hago relación exacta de lo sucedido en esta villa con ocasión del enterramiento del Presbítero D. Norberto García Roco. Presidiré en ellas de la calificación, dejando a los lectores dar su fallo, vistos los datos que presento en toda su sencillez y verdad.»

«Es innegable que el Sr. García Roco, persona muy liberal, infatigable propagandista, decidido, inteligente y entusiasta campeón del partido republicano, como lo aseguran sus amigos, no tuvo con los frailes aquellas relaciones de consideración que hasta la educación más vulgar exige, llevando su aversión o su indiferencia hacia ellos hasta el extremo de no haberse dignado corresponder a la visita que aquellos le hicieron. Es innegable asimismo que si bien los frailes no tenían con dicho señor relaciones íntimas y amistosas, tampoco le odiaban, por más que sintiesen en el alma verle demasiado entusiasmado por doctrinas poco conformes con las doctrinas de la Iglesia católica. Si algún fraile ha podido dar margen para que algunos pudieran sospechar había por parte de estos saña y mala voluntad contra dicho señor, es sin duda el que suscribe; y sin embargo, no tiene inconveniente en desafiar a todos los amigos de dicho señor que esto crayeren, presenten hechos decisivos que lo demuestren.

Tampoco se puede negar que durante la penosa enfermedad del Sr. García Roco, despues de haber recibido los sacramentos y cuando había perdido el conocimiento, se pusieron en movimiento todos los resortes imaginables para que los frailes le visitaran. Y séanos permitido aquí hacer notar la hipocresía de los que se precian de despreciosos. Miran con desprecio a los frailes, se desdennan de saludarlos; pero llega tiempo en que de ellos necesitan para sus fines, y entonces, si los frailes guardan su puesto, se irritan y desatan contra ellos en injurias y maledicencias. A los amigos del Sr. Roco no les faltaba para poder santificar a los ojos sencillos del pueblo las doctrinas que aquel había propagado, sino que los frailes las autorizasen con su presencia en la casa del enfermo y en los funerales del difunto. A ambas cosas cedieron los frailes por altas consideraciones, que no creen necesario dar a conocer por ahora: para satisfacción del público bastará decir que sin consideraciones a cuestiones políticas, de que viven muy alejados, no perdieron de vista las prescripciones de la moral católica, ni en su retiro y resistencia de visitar al Sr. Roco, ni en su contumacia en visitarle enfermo y acompañarle difunto. Pero volvámos a nuestra tarea.

«Es un hecho notorio que los frailes visitaron en su enfermedad al Sr. García Roco; lo es también que asistieron a su entierro; que para este fueron invitados por persona que aun viva y lo puede testificar. Que llegados al Campo Santo hubo discursos, que a los frailes no agradaron, lo han dicho amigos y enemigos. Si los frailes estuvieron o no en su derecho al interponer a uno de los oradores, no deben resolverlo los que con tanta seriedad les han inculcado. Si se pronunciaron o no palabras contrarias a nuestra religión católica, no lo diremos nosotros, y nos contentaremos con presentar los siguientes datos que pueden servir de guía a los que imparciales, desean conocer la verdad. Nos valemos de ellos por ser públicos y notorios, omitiendo otros, que indudablemente aparecerán en la causa que se está instruyendo, y cuyo fallo no pretendemos prevenir.

«Es público y notorio que los voluntarios de la libertad de este pueblo y del de Camuñas asistieron armados con bayoneta calada en número de doscientos los días que se llevaron plegadas en señal de luto las banderas republicanas de los comités existentes en dichos dos pueblos: lo es también que el ciudadano Villaseñor, que según fama ha conseguido cerrar la telegrafía de su pueblo, asistió a la ceremonia, que mas que enterramiento de un sacerdote católico, tenía de manifestación republicana: lo es asimismo que los oradores no solo republicanos, sino propagandistas fanáticos de la república y de la irreligion, destinados a repulicar y descalificar estos pueblos de Camuñas, segun aparece de los comunicados que de ellos se señalan viene publicando *La Igualdad*. Para muestra de esta verdad bastan reproducir las siguientes palabras, que de una carta fechada en Camuñas, extractamos. Es verdaderamente de admirar como los jóvenes, los ancianos y hasta las mujeres oyen con indiferencia la campaña cuando los llama al sermón y a las fiestas del culto, al mis-

mo tiempo que se muestran diligentes y afanosos cuando el trabajo los llama a sus faenas. En esta misma carta se hace mención de los discursos de los Sres. Araus, Cárcelos, Ruban Donadan y Aguilera; los mismos oradores precisamente, excepto el tercero, que hicieron uso de la palabra al dar sepultura al cadáver del Sr. Roco.

Además de estos hechos ciertos e innegables hay otros no menos significativos, que sirven grandemente para explicar las causas que determinaron la alarma y confusión, que se atribuyen exclusivamente a las palabras que pronunciara el reverendo padre rector de este colegio. Estos hechos, si no tan públicos y notorios como los anteriores, tienen la certeza que testigos presenciales pueden suministrar. Imparciales expositores de lo sucedido, debemos confesar que no a todos damos el mismo valor; si bien creemos no carecen de fundamento, aun aquellos, que son los menos, que nos han referido dos o tres personas solamente.

Tales son la voz de fúgo! que algún temerario pronunció: el sonar del cornetín que muchos testifican haber oído tocar a degüello. A esto debe añadirse el hecho innegable de haber un voluntario de la libertad pretendido disparar contra el Padre rector, donde debemos advertir se nos asegura que los voluntarios de la libertad llevaban cargados los fusiles. Que alguno hubo de esto lo prueba la actitud que tomaron algunos honrados y pacíficos vecinos; y la misma alarma y confusión que se siguieron, no se pueden explicar sin este hecho. Además de los voluntarios de la libertad que impidieron la descarga que se intentaba, hubo persona, que abrazándose al Padre rector, prometiéndole la misma suerte que a él estuviera reservada. Hubo otra que se dice echó mano de su estoque decidido a castigar al que tuvo alevosía de mandar disparar. Un jefe de voluntarios colocó para defenderle, segun dice, dos de aquellos a su lado. Hubo otras y otras personas que rodearon al dicho rector sin abandonar hasta su colegio; decididas y dispuestas a cualquier eventualidad.

Es de advertir que de estas personas ninguna se hallaba armada sino la del estoque; es tambien de advertir que alguna de ellas jamás se había acercado a los frailes, ni tenido relaciones de ningún género o con ellos. Tampoco es de despreciar las palabras bruscas, que otro voluntario de la libertad dirigió a uno de los frailes que acompañaban a su Rector, poniéndole el fusil al pecho. Tambien es bastante significativo, no ya el respeto, sino el interés extraordinario que hacia los frailes mostraban todo género de personas, abriéndoles camino y aconsejándoles la huida.

Quitados, por no ser molestos, el mandar parar la parroquia, cuando ya cerca de ella se dirigía la Iglesia: los gritos de ¡viva la república! que entonces se pronunciaron, como los que pronunció el último de los oradores, al empezar la alarma y confusión, que pusieron término a su discurso. Tampoco haremos mención de las manifestaciones republicanas anunciadas para esta tarde y para el próximo miércoles, y otras cosas, que aunque pequeñas, pudieran dar aun alguna más claridad, pero lo dicho, creemos ser suficiente para concluir parodiando a *La Independencia Española*. [Hasta cuando el fanatismo liberal, ciego e insensato, seguirá siendo eso, y no más que eso, de todas las infamias que contra el Clero se publican? Hasta cuando el fanatismo de los liberales será el azote de las iras de Dios contra este desgraciado pueblo español? ¿Hasta cuándo...?]

Sírvase Vd., señor director, acceder a los ruegos del que suscribe, que desea que el público juzgue con imparcialidad acerca de los sucesos que dan ocasión a repetirse de Vd. S. S. Q. B. S. M.—J. VICENTE SUAREZ.

La orden de suspensión en sus cargos, comunicada a los concejales de Málaga dice así:

«De conformidad con lo acordado por la Excelentísima diputación provincial en sesión de ayer, por lo que respecta a la desobediencia grave cometida por el Excmo. ayuntamiento de la presidencia de V. S., y oído el parecer de aquella corporación en lo relativo a la estra limitación grave con carácter político y publicidad en que ha incurrido el mismo Excmo. ayuntamiento, aceptando los fundamentos de hecho y de derecho expuestos por la Excmo. diputación en su oficio de devolución del expediente de responsabilidad; vistos los artículos 48, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 172 y 174 de la vigente ley municipal; usando de las atribuciones que por la misma me están conferidas, vengo en suspender de su cargo al Excmo. ayuntamiento de esta capital que V. S. preside. Los nuevos concejales, de cuyo nombramiento dará a V. S. oportuno conocimiento, tomarán posesión, si otra cosa no se determina, en el día de mañana 18, a las doce de la mañana. Lo que participo a V. S. para su conocimiento y el de esa Excmo. corporación.—Dios guarde a V. S. muchos años.—Málaga, 17 de Setiembre de 1869.—Federico Villalva.—Señor alcalde primero constitucional de esta capital.»

Además de las tropas que han salido ya para Cuba, dice un periódico que del 21 al 23 del actual se embarcarán para la misma más de 3,000 hombres perfectamente armados con el fusil Berdan, y abundantemente municionados.

Los diarios de París dicen que la reina Isabel visitó el martes la Exposición de la Union central en los Campos Eliseos.

Segun dice un diario ministerial, ayer siguióse hablando de la dimision del alcalde popular, confirmando en cierta manera con estos frecuentes rumores las noticias publicadas por algunos periódicos de provincia: sobre diferencias entre dicha autoridad y algunos de los ministros.

Dicese que mañana sale el regente del reino para los baños de Alhama.

La fragata *Almansa*, que estaba en Cartagena, ha salido para la Habana conduciendo material de Guerra.

Tomamos de **El Imparcial** las siguientes noticias:

«La diputación provincial de Sevilla ha dispuesto la celebración de honras fúnebres a la memoria del ilustre marino Mendez Nuñez; que se labre en mármol y se coloque en el salón de sesiones un busto del contraalmirante, grabándose en la base las célebres palabras que pronunció en el memorable combate del Callao: «Mas quiero honra singular, que barcos sin honra», y que se dirija un telegrama a la familia del finado manifestando el sentimiento con que la diputación supuso su fallecimiento.

«El archivo histórico nacional que se halla establecido en el Nuevo Rezado, se trasladará a un edificio del patrimonio, a fin de que las oficinas de Guerra que están en Santo Tomás, se trasladen al edificio del Nuevo Rezado.

«La causa por que los moros del Rif hayan roto las buenas relaciones que sostenían con nuestras plazas de Africa se atribuye, segun cartas que hemos visto, a la manera inconveniente con que la casa Eslanguer cumple el contrato, por el cual se le cedió la recaudación de la indemnización de la guerra de Africa.

«Se halla gravemente enfermo el eminente

filósofo y catedrático de la Universidad central don Julian Sanz del Río.»

Dice anoche **El Universal**:

«Elusivimos en orar que hay o ha habido estos últimos días proyectos de insurrección republicana, ilegítimos a preguntar a algunos jefes si están dispuestos para ello.

Como esa insurrección seria lo que más desearían los reaccionarios; como tras ella vendría fácilmente la pérdida de nuestras libertades, no hemos querido dejar de lanzar la voz de alarma.

Esa era nuestro deber.

Por lo demás, repetimos que no tenemos pruebas materiales de lo que decimos, pero sí una convicción moral plena, completa y absoluta.»

El Imparcial añade a las anteriores líneas lo siguiente:

«Nuestras noticias están conformes con las del *Universal*; pero en honor de la verdad, debemos añadir que los trabajos hechos en este sentido por ciertas tendencias manifestadas en el seno del partido republicano, no encuentran eco sino en una o dos comarcas, donde las masas, más que republicanas, anárquicas, empiezan a divorciarse de los jefes autorizados del republicanismo.»

Se proyecta una manifestación en Matagorda con el objeto de conmemorar los sucesos de 1813 y de las víctimas que en ellos sucumbieron.

En la semana última se han cometido en Sevilla, segun *La Revolución Española*, cinco asesinatos.

Segun dice *La Discusión*, ayer corrió como muy válido el rumor de que la triste y precaria situación a que ha llegado el Tesoro público no permitirá al Gobierno pagar a los empleados la mensualidad de Setiembre.

Presagios de bancarota.

«Si tendrá alguna relación esta noticia con la que anda estrofiada por los periódicos relativa a la dimisión del señor ministro de Hacienda?

Los que se empeñan en sostener que la situación de los obreros de Barcelona en nada puede afectar a la cuestión de orden público, pueden salir de su error con las siguientes líneas que publica hoy *La Reforma*:

«Podemos asegurar que las asociaciones obreras catalanas admiten la intervención del Gobierno para proponer el arbitraje, pues que están convencidísimas de que con él se resolverían las cuestiones pendientes. La representación de los tejedores a la mano y de los de Cataluña, ha resuelto que permanecerían tranquilos contra todos, a pesar de todos, y que mientras no estuvieran solidados los derechos individuales, acudirán a las armas para promover la reacción. Acordaron además, contar con el asentimiento de 30,000 asociados apear a la fuerza si el Gobierno atentaba a los derechos individuales.»

Una grave noticia publica **El Norte de Girona** a la cual no podemos dar crédito hasta verla confirmada. Parece que el jefe de las tropas que guardan a Olot ha penetrado uno de estos días en territorio francés, no sabemos si so pretexto de perseguir alguna partida carlista. Como no podía menos de suceder, dicese que sabedor del hecho el Gobierno del vecino imperio, despues de protestar energicamente contra él ha dispuesto la concentración de tropas en varios puntos de la frontera.

Estamos viendo que el Gobierno y sus delegados se están creando dificultades y conflictos, lo mismo en España que en Africa y América, por su falta de tacto político, siendo lo más sensible que el país, en último resultado, sufra sus consecuencias.

CORREO DE HOY.

La noble y valerosa conducta del Obispo de Linz en defensa de la libertad de la Iglesia, es dignamente ensalzada y propuesta como modelo entre los católicos de ambos mundos. En los periódicos extranjeros que hoy recibimos, leemos un notable mensaje de adhesión dirigido al ilustre Prelado por los sacerdotes de la diócesis de Milwaukee (Wisconsin). Este testimonio de simpatía al valeroso Obispo, perseguido por defender los principios católicos, es tanto más digno de atención cuanto que es espontáneo y procede de generosos misioneros que de veinte y seis diócesis de Europa se han desterrado voluntariamente en los bosques del continente americano, para sacrificarse por los pobres emigrados alemanes, sus compatriotas.

Consuela en gran manera ver por todas partes el mismo ferviente espíritu católico.

Los setenta sacerdotes de Wisconsin, —este es el número de los firmantes,— dicen, entre otras cosas, al insigne Prelado austriaco:

«De hoy en adelante, Linz figurará en la gloriosa página de la historia de la Iglesia que cuenta los combates de los Prelados de Colonia, Posen y Friburgo; tendrá un lugar distinguido entre las hermanas ciudades de Alemania; nuestra patria querida; Linz continuará esta brillante serie de la persecución en Europa; persecución que comenzó en la gran Polonia, continuó en diversas naciones, y de la cual nuestro amado Pio IX hizo no ha mucho honorífica mención.

«El santo y apostólico valor que engrandeció las Sedes católicas, llena los corazones de los fieles que viven de este lado del Atlántico, de una viva admiración, y alienta en ellos la santa confianza de que el Todopoderoso volverá siempre por los destinos de nuestra Santa Madre la Iglesia en Alemania, y continuará dándonos como hasta aquí, buenos pastores que sepan esclamar con el Apóstol: Quiero vivir con Cristo en las persecuciones y trabajos, porque cuando vivo padeciendo, entonces soy fuerte.

«Nosotros creemos, Reverendo señor, que es un gran honor, un privilegio y un deber, orar con todos los buenos católicos por vuestra prosperidad temporal y eterna, acordándonos de aquel tiempo en que San Pedro estaba aprisionado y en que la Iglesia rogaba constantemente por él.»

BOLEA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 22 85; 23 40, 56, 60 y 21 %, en pequeños; a plazo, 22 85 y 80, id. corr. fir.

Titulos del 3 por 100 consolidado exterior, publicado, 29 40 y 29 75, pe. uños.

Deuda del Personal, publicado, 17 50.

Billetes de Banco de la segunda serie, publicado, 84 50 y 30.

Bonos del Tesoro de 2,000 rs. 6 por 100 anual, publicado, 53 50 y 60.

Obras públicas de 1.º de Julio de 1853 de 2,000 reales, no publicado, 51 50.

Acciones del Banco de España, no publicado, 118 25.

